

LA MANCHA, y dice que me mientan á mí en ella con mi mismo nombre de *Sancho Panza*, y á la señora Dulcinea del Toboso, con otras cosas que pasamos nosotros á solas, que me hice cruces de espantado cómo las pudo saber el historiador que las escribió.—Yo te aseguro, Sancho, dijo Don Quijote, que debe de ser algun sábio encantador el autor de nuestra historia; que á los tales no se les encubre nada de lo que quieren escribir.—¡Y cómo, dijo Sancho, si era sábio y encantador! pues, segun dice el bachiller Sanson Carrasco (que así se llama el que dicho tengo), que el autor de la historia se llama *Cide Hamete Berengena*.—Ese nombre es de moro, respondió Don Quijote.—Así será, respondió Sancho; porque, por la mayor parte, he oido decir que los moros son amigos de berengenas.—Tú debes, Sancho, dijo Don Quijote, errarte en el sobrenombre de ese *Cide*, que en arábigo quiere decir *señor*.—Bien podria ser, replicó Sancho; mas, si vuesa merced gusta que yo le haga venir aquí, iré por él en volandas.—Harásme mucho placer, amigo, dijo Don Quijote; que me tiene suspenso lo que me has dicho, y no comeré bocado que bien me sepa hasta ser informado de todo.—Pues yo voy por él,” respondió Sancho; y, dejando á su señor, se fué á buscar al bachiller, con el cual volvió de allí á poco espacio, y entre los tres pasaron un graciosísimo coloquio.

CAPÍTULO III.

Del ridiculo razonamiento que pasó entre Don Quijote, Sancho Panza y el bachiller Sanson Carrasco.

PENSATIVO además quedó Don Quijote, esperando al bachiller Carrasco, de quien esperaba oír las nuevas de sí mismo, puestas en libro, como habia dicho Sancho; y no se podia persuadir á que tal historia hubiese, pues aun no estaba enjuta en la cuchilla de su espada la sangre de los enemigos que habia muerto, y ya querian que anduviesen en estampa sus altas caballerías. Con todo eso, imaginó que algun sábio, ó ya amigo ó enemigo, por arte de encantamento las habria dado á la estampa: si amigo, para engrandecerlas y levantarlas sobre las mas señaladas de caballero andante; si enemigo, para aniquilarlas y ponerlas debajo de las mas viles que de algun vil escudero se hubiesen escrito; puesto, decia entre sí, que nunca hazañas de escuderos se escribieron; y, cuando fuese verdad que la tal historia hubiese, siendo de caballero andante, por fuerza habia de ser grandilocua, alta, insigne, magnífica y verdadera. Con esto se consoló algun tanto; pero desconsolóle pensar que su autor era moro, segun aquel nombre de *Cide*, y de los moros no se podia esperar verdad alguna, porque todos son embelecadores, falsarios y quimeristas. Temiase no hubiese tratado sus amores con alguna indecencia que redundase en menoscabo y perjuicio de la honestidad de su señora Dulcinea del Toboso: deseaba que hubiese declarado su fidelidad y el decoro que siempre la habia guardado, menospreciando reinas, emperatrices y doncellas de todas calidades, teniendo á raya los impetus de los naturales movimientos; y así, envuelto y revuelto en estas y otras muchas imaginaciones, le hallaron Sancho y Carrasco, á quien

Don Quijote recibió con mucha cortesía. Era el bachiller, aunque se llamaba Sanson, no muy grande de cuerpo, aunque muy gran socarrón; de color macilenta, pero de muy buen entendimiento; tendría hasta veinte y cuatro años; cariredondo, de nariz chata y de boca grande, señales todas de ser de condición maliciosa, y amigo de donaires y de burlas, como lo mostró viendo á Don Quijote, poniéndose delante dél de rodillas, diciéndole: "Deme vuestra grandeza las manos, señor Don Quijote de la Mancha; que, por el hábito de San Pedro que visto, aunque no tengo otras órdenes que las cuatro primeras, que es vuesa merced uno de los mas famosos caballeros andantes que ha habido ni aun habrá en toda la redondez de la tierra. ¡Bien haya Cide Hamete Benengeli, que la historia de vuestras grandezas dejó escritas, y rebien haya el curioso que tuvo cuidado de hacerlas traducir, de arábigo en nuestro vulgar castellano, para universal entretenimiento de las gentes!" Hízole levantar Don Quijote, y dijo: "Desa manera, ¿verdad es que hay historia mía, y que fué moro y sábio el que la compuso?—Es tan verdad, señor, dijo Sanson, que tengo para mí, que el día de hoy están impresos mas de doce mil libros de la tal historia: si no, dígalo Portugal, Barcelona y Valencia, donde se han impreso, y aun hay fama que se está imprimiendo en Amberes, y á mí se me trasluce que no ha de haber nación ni lengua donde no se traduzca.—Una de las cosas, dijo á esta sazón Don Quijote, que mas debe de dar contento á un hombre virtuoso y eminente, es verse, viviendo, andar con buen nombre por las lenguas de las gentes, impreso y en estampa: dije con buen nombre, porque, siendo al contrario, ninguna muerte se le igualará.—Si por buena fama y si por buen nombre va, dijo el bachiller, solo vuesa merced lleva la palma á todos los caballeros andantes; porque, el moro en su lengua y el cristiano en la suya, tuvieron cuidado de pintarnos muy al vivo la gallardía de vuesa merced, el ánimo grande en acometer los peligros, la paciencia en las adversidades, y el sufrimiento, así en las desgracias como en las heridas, la honestidad y continencia en los amores tan platónicos de vuesa merced y de mi señora Doña Dulcinea del Toboso.—Nunca, dijo á este punto Sancho Panza, he oído llamar con *Don* á mi señora Dulcinea, sino solamente *la señora Dulcinea del Toboso*; y ya, en esto, anda errada la historia.—No es objeción de importancia esa, respondió Carrasco.—No, por cierto, respondió Don Quijote; pero, dígame vuesa merced, señor bachiller, qué hazañas mías son las que mas se ponderan en esa historia.—En eso, respondió el bachiller, hay diferentes opiniones, como hay diferentes gustos: unos se atienen á la aventura de los molinos de viento, que á vuesa merced le parecieron briareos y gigantes; otros, á la de los batanes; este, á la descripción de los dos ejércitos, que despues parecieron ser dos manadas de carneros; aquel encarece la del muerto que llevaban á enterrar á Segovia; uno dice, que á todas se aventaja la de la libertad de los galeotes; otro, que ninguna iguala á la de los dos gigantes benitos, con la pendencia del valeroso vizcaíno.—Dígame, señor bachiller, dijo á esta sazón Sancho: ¿entra ahí la aventura de los yangüeses,

cuando á nuestro buen Rocinante se le antojó pedir cotufas en el golfo?—No se le quedó nada, respondió Sanson, al sábio en el tintero: todo lo dice y todo lo apunta, hasta lo de las cabriolas que el buen Sancho hizo en la manta.—En la manta no hice yo cabriolas, respondió Sancho; en el aire sí, y aun mas de las que yo quisiera.—Á lo que yo imagino, dijo Don Quijote, no hay historia humana en el mundo que no tenga sus altibajos, especialmente las que tratan de caballerías, las cuales nunca pueden estar llenas de prósperos sucesos.—Con todo eso, respondió el bachiller, dicen algunos que han leído la historia, que se holgaran se les hubiera olvidado á los autores della algunos de los infinitos palos que en diferentes encuentros dieron al señor Don Quijote.—Ahí entra la verdad de la historia, dijo Sancho.—También pudieran callarlos por equidad, dijo Don Quijote; pues las acciones que ni mudan ni alteran la verdad de la historia, no hay para qué escribirlas si han de redundar en menosprecio del señor de la historia. Á fe, que no fué tan piadoso Eneas como Virgilio le pinta, ni tan prudente Ulises como le describe Homero.—Así es, replicó Sanson; pero uno es escribir como poeta, y otro como historiador: el poeta puede contar ó cantar las cosas, no como fueron, sino como debían ser; y el historiador las ha de escribir, no como debían ser, sino como fueron, sin añadir ni quitar á la verdad cosa alguna.—Pues, si es que se anda á decir verdades ese señor moro, dijo Sancho, á buen seguro que entre los palos de mi señor se hallen los míos, porque nunca á su merced le tomaron la medida de las espaldas, que no me la tomaron á mí de todo el cuerpo; pero no hay de qué maravillarme, pues, como dice el mismo señor mio, del dolor de la cabeza han de participar los miembros.—Socarrón sois, Sancho, respondió Don Quijote; á fe que no os falta memoria cuando vos quereis tenerla.—Cuando yo quisiese olvidarme de los garrotazos que me han dado, dijo Sancho, no lo consentirán los cardenales, que aun se están frescos en las costillas.—Callad, Sancho, dijo Don Quijote, y no interrumpais al señor bachiller, á quien suplico pase adelante en decirme lo que se dice de mí en la referida historia.—Y de mí, dijo Sancho, que también dicen que soy yo uno de los principales personajes della.—Personajes, que no personajes, Sancho amigo, dijo Sanson.—¿Otro reprochador de voquibles tenemos? dijo Sancho; ¡pues ándense á eso, y no acabaremos en toda la vida!—¡Mala me la dé Dios, Sancho, respondió el bachiller, si no sois vos la segunda persona de la historia! y que hay tal que precia mas oiros hablar á vos, que al mas pintado de toda ella; puesto que también hay quién diga que anduvistes demasíadamente de crédulo en creer que podía ser verdad el gobierno de aquella insula ofrecida por el señor Don Quijote, que está presente.—Aun hay sol en las bardas, dijo Don Quijote; y, mientras mas fuere entrando en edad Sancho, con la experiencia que dan los años estará mas idóneo y mas hábil para ser gobernador, que no está ahora.—¡Por Dios, señor! dijo Sancho; la isla que yo no gobernase con los años que tengo, no la gobernaré con los años de Matusalen: el daño está, en que la dicha insula